

ANIMALES, PLANTAS Y COSAS EN EL RESGUARDO DE GUACHUCAL (COLOMBIA)

YORELY VIVIANA QUIGUNTAR CUATÍN
Resguardo de Guachucal, Colombia

Sinopsis

En el resguardo de Guachucal la vida se muestra como un entrevero de influencias y cuidados mutuos entre todos los seres. El cuidado de los aires depende de sustancias como el chapil, que se fortalece con diversas plantas para sanar males que transitan por el mundo, como el *mal aire* que puede pasar por contacto de una vaca enferma a una persona. Esta coexistencia demanda una reciprocidad constante: el árbol de tilo sólo prospera si siente el ruido y la música de la gente, mientras que animales como el borrego Paco requieren la compañía de las vacas para no desfallecer. Los perros, a su vez, se sanan y aprenden mediante el abrigo compartido. En este entorno, la vida buena depende del contacto estrecho y el contagio vital entre humanos, vegetación y animales.



El remedio del cuscangue

Cuando llegamos a vivir a Cascajal tocó acomodar el establo, estaba lleno de ratas y ratones. Poco a poco las fuimos sacándolos, después íbamos *rodiando* la tierra que recibieron mis papás gracias a las recuperaciones de tierras. El establo no tenía baño, entonces tocaba ir a los potreros.

Una noche, yendo al baño, a mi papá le *mió* el *chutún*.

Nunca hemos visto al *chutún*, no sabemos qué forma o aspecto tiene. Mi papá sospecha que toma la forma de un animal, puede ser un mosco o un abejón, porque siempre deja un picón en el cuerpo similar al de una abeja o abejón. Cuando lo *mió* el *chutún* mi papá empezó con comezón en la cola; no se aguantaba. Mi mamá siempre ha tenido una botella de vidrio o de plástico cerca del fogón. Esa botella tiene *chupil*, hierbas de mal aire, plantas del monte frío y de la tierra abrigada, oreja de espingo, palo cruz, *el chonduro*, ajo, ruda, *pepa diusma*, el *coquindo* y las hojas de los tres *cueches*. Mi papá tuvo que aplicarse este remedio en la cola para que le aliviara.

Después de tres días ya no tenía nada. Mi papá decía —*me besó el Chutún*—.

*** El *chupil* es un aguardiente o trago artesanal que sale de las zonas abrigadas de Nariño, creo que al ser una extracción de la caña de azúcar puede que finalmente guarde algo dulce en lo amargo del su sabor y así permite concentrar el aroma de las plantas. Por eso cuando uno sopla el *mal aire* con los remedios de la botella no se siente un único sabor, sino que están todos los sabores o la sustancia de las plantas que después se impregnan en la piel para que el picón del *chutún* deje de doler, de picar y de crecer.**





En Cascajal como en otras tierras de Guachucal **anda el mal aire o el mal viento**. Un día estábamos sacando la leche en un lote cerca de la casa; justo ahí hay un hueco donde pasa un poco de agua que nace de la loma. Junto al hueco se puso la cerca para que no se pasaran las vacas y no se comieran la hierba de los otros predios. En ese lugar se puso también la canoa de concentrado para ordeñar las vacas. De pronto una de ellas salió brincando y cayó en el hueco. Tardó en salir, mi papá y mi mamá no le ayudaron.

—Déjela, déjela, ya ha de salir—, le dijo mi papá a mi mamá. Después de varios intentos logró salir. Llegó el turno de ordeñar a esa vaca y mi mamá conversa que la ubre estaba quemando, tenía fiebre, pero no le puso atención, siguió con el trabajo y en un par de minutos empezó con picazón en las manos, una picazón insoportable.

—**Una cosa es conversar y otra sentir**—, dice mi mamá.

Al terminar de ordeñar regresaron a la casa y ahí empezó hacerle ronchas en todo el cuerpo. Se aplicó el remedio de mal aire, pero no tuvo mucha mejoría. Alivió la picazón y la comezón por unos minutos y luego otra vez empezó el dolor. Así que le tocó irse a Cumbal, donde un yerbatero. Ahí el señor le dijo que le había dado el mal aire de la vaca. Ese mal le pasó a mi mamá por eso se empeguó todo el cuerpo: la piel se le hizo tiesa y el cuerpo se llenó de ronchas rojas. El yerbatero dijo que le había dado el mal aire del bravo, pero también pudo ser el cueche, que siempre se encuentra en las ciénagas, donde nace o corre el agua, y justo la vaca se cayó en el hueco donde corre el agua. Con dos visitas que hizo a Cumbal, santo remedio.



La sopló con *remedio de mal aire*, sahumerio de plantas amargas y también se curó con la manteca de marrano.

El *mal aire* también sabe estar en la cerca de mudar las vacas. Otro día mi papá estaba desenrollando la cuerda para amarrarla en la estaca, cuando sintió un pinchazo en la mano. Pensó que era un alambre delgado que se salió del rollo de la cuerda, revisó y la cuerda no tenía ningún alambre suelto. Luego pensó que era un mosquito rojo, similar a una libélula, que mide menos de unos 3 centímetros. Este insecto tiene un aguijón y suele picar si siente peligro. Mi papá creyó que fue eso, aunque no lo vio. Pasadas unas dos horas tenía comezón, luego se le hinchó la mano tanto que no podía moverla. La hinchazón duró unos cuatro días, tuvo que curarse con *remedio de mal aire*, con el mismo frasco que tiene el chapil y los remedios.

Cada tanto **se va criando el remedio** para que no se termine, porque siempre hay necesidad de él. Toca criarlo echándole las mismas plantas, pero principalmente punta de chapil, de la brava. Se usa punta de *chupil*, porque es la madre, dice mi papá. Es el primer trago destilado de la caña de azúcar. En consecuencia es más fuerte y pica al tomarlo y además es caliente porque sale del *guaico*.

Así se cría el *remedio del mal aire*, se deja en un rincón cerca del fogón, a veces se deja debajo de la cama. Ese mismo remedio se aplicó mi papá en la mano, después mi mamá puso a calentar tuto de guanto en el fogón. El *tuto de guanto* es la flor tierna del *guanto*, la que aún no tiene color, es verde con algunas tonalidades rojas. La flor tierna guarda un aceite espeso en su interior que al calentarla en el carbón del fogón se hace más ligera de manejar y aplicar donde está el picón. Mi mamá puso por tres días *el tuto de guanto* y el *remedio de cusangué* en la mano, así se va el dolor.

El remedio del cusangué es la confluencia del *chupil* destilado y las plantas curativas en una botella de vidrio. El mal aire, el mal viento, el *cueche* o el susto, pueden ser tratados con el remedio: el *cusangué* en Nariño es *el mal aire* y en los Andes centrales es un tipo de búho. Por extensión, a la botella con *chupil* y plantas les decimos **el cusangué**.

El *mal aire* puede encontrarse en las zanjas, las ciénagas, los nacimientos de agua o los bosques: es como si en esos lugares la juntura del agua y las plantas hicieran las veces de lo que hacen ellas mismas en la botella de vidrio, como si el *chupil* fuera un tipo de agua y algunas aguas, tan picosas como el *chupil*, como si el aire, bueno y malo, hiciera presa de la gente, los animales y los lugares, y se pudiera atrapar el buen aire en una botella de vidrio. Y como si atrapado en la botella de vidrio, el *buen aire* fuera el *remedio del cusangué*.





El agrado y la suerte

Fuimos a la casa de doña Delia, que vive en Ipialpud alto. Nos tocó buscar la casa porque mi hermano no recordaba dónde quedaba, no teníamos a quién preguntar porque no había más casas y nadie pasaba. Después de estar medio perdidos en Ipialpud la encontramos. Hay un portón rojo que tiene una tabla y en ella el nombre *Finca la Huecada*. Doña Delia dice que el sector se llama así y en consecuencia la casa también. Después de pasar el portón rojo hay una curva llena de plantas y árboles, mi mamá apuraba a ver cuál podía desgajar para llevar unos gajos a la casa. Salieron los perros anunciando nuestra llegada, pero doña Delia no salía y no salía. Después de unos 10 minutos vimos que estaba cogiendo la *hierba para los cuyes*,

—¡Oiga sé!— le dijimos. Ella soltó el costal rojo y nos hizo entrar:

—**Sigan para acasito**— dijo, y entramos a la cocina. Yo me senté a lado del fogón, luego mi mamá y enseguida mi hermano. A él le tocó cerca de una coneja que estaba abrigándose porque iba a dar cría.

Doña Delia apuró a buscar unos platos de loza, los acomodó en el mesón y fue a *tantiar* las papas de la sopa.

—**Ya está**— dijo. Eran entre las 10 a 10:30 de la mañana.

—**Eche, eche, mija**— me decía. Con el agrado a la mitad —añadió mi mamá.

—**Tonces con la leña a la mitad**—, asintió doña Delia.



*** El agrado puede variar en muchos contextos, pero generalmente son cosas que damos para pedir un favor. En este caso la leña es un agrado porque ayuda a crecer el calor del fogón y para que los alimentos se cocinen.**





Después de *agradar el fogón* y de alistar los platos doña Delia nos sirvió la sopa con hartas papas y habas. Apuramos a comer junto con la coneja que estaba comiendo *chicoria*. La *chicoria* es una planta que crece en los potreros, sirve de alimento para las vacas, los conejos o los *cuyes*, pero también la consume la gente. La *raíz de chicoria*, por ejemplo, ayuda a los enfermos de gastritis, tan solo hay que saberla preparar. Muchos la confunden porque dicen que es el diente de león, pero no hay que confundirse: la *chicoria* son las hojas que tienen un sabor amargo, en cambio *el diente de león* es la flor que de niños sabíamos soplar.

Después de comer la sopa y el seco salimos a ver los *cuyes* que estaba vendiendo. Entre mayores conversaban sobre los secretos de los *cuyes* y por qué la coneja estaba en la cocina. Contaba doña Delia que ella perdió la suerte de tener conejos porque una señora llegó a la casa murmurando que los conejos que ella tenía no eran grandes y no iban a criarse. Desde ese tiempo doña Delia no cría conejos, solo la que está en la cocina porque creyó que era conejo y de repente resultó envasada.

—Quizás con esta coneja vuelva la suerte— decía doña Delia.

—Sí, hay gente que llega con mala intención—, respondió mi mamá. —Así sabe ser—.

Cuando las mayores hablan de los secretos también hablan de la suerte que ellas tienen, esta suerte puede ser la de tener animales, los *cuyes*, las gallinas, los conejos o las vacas, pero no solamente es poder tener los animales a nuestro cuidado, sino también la forma en que se crían y dan más crías. Por ejemplo, si una gallina abarcó de cuatro a seis pollos es buena suerte, pero si no, es mejor hacerla caldo. Así sabe hacer mi mamá, en una ocasión una gallina le dio dos pollos, de los cuales la gallina solo crió uno.

—Buenamente— dijo, porque perdió siete huevos de los verdes. Pasó unos meses y la hizo caldo.



El tilo

Desde que tengo memoria mi mamá y mi papá se han preocupado por sembrar árboles en *Cascajal*, pero quien ha tenido más interés en sembrar es mi mamá. Apura a ver en las casas de sus amistades algunas plantas, árboles, flores, rosas, pensamientos para desgajarlos y llevar los gajitos a la casa. Una vez fuimos a Muellamués, conoció a una señora que dijo que tenía muchas flores y, en efecto, la casa estaba llenita de flores. Mi mamá se veía contenta de ver tanta flor y tantas plantas sembradas. Quería llevarse un gajo de varias flores, pero no alcanzaba las manos. La señora le dio unas pocas y mi mamá aprovechó para llevarse unos cuyes que la señora tenía de venta.

*** Doña Ofelia de Cumbal contaba que las mujeres tenemos ese afán de andar viendo las plantas que crían en las zanjas, en los bosques, en los callejones o en los caminos de las veredas. Queremos saber de ellas, porque ellas curan los males que nos llegan al cuerpo. A diferencia de los hombres. —A ellos no les interesa—, decía ella; —por eso no nos llevan, porque nosotras nos antojamos de toda mata y andamos desgajando—. Mi mamá por donde camina anda viendo las plantas, se arrima a las zanjas y arranca unos gajos. —De ese es que quiero llevar a la casa, de qué será. Subite, subite y me das desgajando. Las ramitas, las que son gajos, verás—. Así me decía el otro día que fuimos al Altozano.**

Los gajos son ramas o tallos de las cuales hay pequeños brotes, ramas pequeñas que crecen sobre el gajo, son más verdes que el tallo. Algunas de las plantas para poder sembrarlas en otros lugares son necesarios los gajos, ya que al tener brotes pequeños del árbol, arbusto o flor, esta va a crecer más rápido. No todas las ramas son gajos, por eso hay que saber reconocerlos. Los muchos gajos que ha llevado mi mamá reposan en una poceta de



agua, hasta que sea siete de luna. El día de luna, desayuna y se va a sembrar, a veces junto con mi papá o con mi hermano y a veces se va sola, toma la pala y los gajos. Los gajos se siembran de a dos o tres, dependiendo del tamaño. Se combina uno grande con un pequeño, así cogen fuerza y garantiza que les crezca raíz.

Cuando *nos antojarnos de un árbol* es porque nos gusta como crece, como es, sus colores, su forma, queremos que dé abrigo en la casa. Es otra forma de ayudar a los árboles o cualquier otra planta a crecer en otros lugares y especialmente para que nos de abrigo en la casa. Como **el tilo** (Figura 1).



Figura 1. El tilo cubriendo el gallinero.

El tilo tiene hojas amarillas y flores muy pequeñas de color blanco. Fue de los primeros árboles que sembró mi mamá. Están cerca del gallinero y cerca de la casa, actualmente miden unos dos metros. Cada tanto desgajaba ramas de tilo para sembrarlos cerca a un callejón, pero allá nunca crecieron. Ha intentado varias veces, pero se secan. Entonces aprendimos que el árbol solo crece cerca de la casa, donde escuche a la gente, donde sea común el paso, donde sienta que pasan los animales de la casa, que les pueda dar sombra a las gallinas o a los perros.

Una vez decía mi papá,
—es que **al Tilo le gusta el ruido, la música, que sienta que haya gente.** Así crece y cría rápido—. Por eso los otros tilos se secaron, porque estaban en callejones solitarios donde no hay árboles, no transita la gente ni los animales, solo corre el viento frío.



*** Dice mi mamá que sembró el tilo para que dé abrigo. Hay un tilo que mi mamá sembró hace un montón de tiempo, pero no creció. Al ver que ningún árbol creció en ese lugar, sembró acacia, ese árbol no tarda en crecer. De pronto empezó a salir el tilo, no mide más de unos quince centímetros, es bastante pequeño y está junto a la acacia. Tal vez el tilo sintió la compañía de la acacia y decidió crecer.**

El Paco

A mi sobrino le regalaron un borrego. Mi papá le puso una soga para que no se fuera y lo amarramos a un costado de la casa, ahí es abrigado y tiene buena hierba para comer, pero **estaba solito**, entonces empezamos a buscarle un compañero. Hay pocas mujeres que crían borregos, son contadas. Rogamos a doña Delia que nos ayudara a conseguir un borrego, pero dijo que nos esperemos unos meses porque la borrega aún no daba cría. En una ocasión nos encontramos con su hijo, él nos dijo que debíamos esperar más tiempo porque la mamá había muerto y ahora tocaba criarlo con biberón. Aún estamos en espera y el Paco también.

Para que el Paco no se sintiera mal ya que **estaba bale y bale**, mi papá decidió amarrarlo junto a las vacas, desde las cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde. A las cinco de la tarde toca llevarlo vuelta a la casa, porque puede llegar el lobo. Así que a las cinco otra vez llega a la casa, apenas llega, empieza a balar. —No ve que le quitan la compañía—, dice mi papá. Recién dieron cría dos vacas, la Roberta y la Pancha, las hijas las amarramos cerca donde duerme el Paco. Como ve que **ya tiene compañía** ya no bala y no raspa la tierra. —**Si él sabe**—, dice mi papá.





Figura 2. El Paco junto a las terneras.

Creo que el compañero o compañera va tardar mucho en llegar, no hemos logrado conseguir un borrego y las terneras ya no pudieron seguir acompañando al Paco, porque van creciendo y tocó soltarlas con las demás terneras de cría. Ahora el Paco llega a las cinco a la casa y sigue balando y alza su cabeza para ver dónde están las vacas (Figura 2), luego raspa la tierra, gira sobre la estaca y repite lo mismo varias veces hasta que se cansa y se acuesta. Tiene que esperar al siguiente día para volver con las vacas. Ahora ya tiene muchas amigas, juega con las vacas y también con el Roy; sus juegos son bastante particulares, como el Paco tiene bastante lana el Roy le jala la lana y el Paco solo puede embestirlo, pero no le hace daño; solamente busca la manera de jugar.

*** También hace lo mismo con las vacas, pero ellas solo sacuden su cabeza, lo ven y mejor se van a comer hierba.**





Esperanza o Fortuna

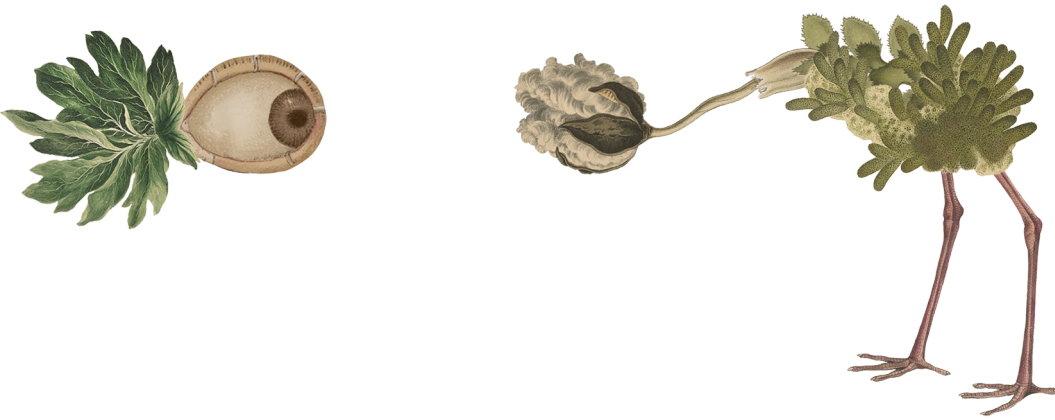
Cuando mi mamá tenía unos 25 años más o menos ya vivía en Cascajal, una tierra de recuperación. Junto con mi papá eran los sirvientes, cuidaban el ganado de la comunidad, tocaba *ir a rodar* dos veces, en la mañana y en la tarde. En uno de tantos rodeos del ganado se encontró un bozal hecho de una bota de caucho. Se usa para ponerle a los terneros, de modo que no se tomen la leche. Cuando lo encontró dijo que lo iba a guardar para su primera vaca. En ese tiempo era difícil tener una vaca porque eran caras y además no había donde tenerlas: solo criaban *cuyes* y una marrana de cría. Pasados los meses vendió la marrana y los *cuyes*, con eso pudo reunir unos pesos. Con ese dinero se compró una ternera, que con el tiempo se crió y tuvo varios partos.

Las terneras las criamos, los terneros preferiblemente se venden. Esa primera vaca tuvo muchas crías y así mismo las hijas de las hijas, **hasta que un día la Muñeca se enfermó**. Se había intoxicado del hígado según el veterinario, no había nada que hacer, iba a morir. Así que era mejor sacrificarla y vender la carne. Mi mamá lloraba, no quería. Decía que era su primera vaca, que le había dado muchas cosas. Pero no había más opción, no quería verla sufrir. Se vendió y desde hace unos cinco a seis años más o menos mi mamá quedó sin su vaca.

Un día llegó una ternera blanca con manchas negras, era bien cerrera. Se había entrado a uno de los lotes de mi mamá. La sacamos, pero se quedó en el lote del vecino, luego se había entrado en un lote donde están las terneras de cría. Nuevamente mi mamá y mi papá la intentaron sacar para que se fuera donde su dueño, pero fue imposible. Se cansaron de andar corriendo detrás de la ternera, aunque los perros ayudaban, la ternera daba patadas. Así que la dejaron. —Ya ha de venir el dueño a preguntar—, dijeron. Pero nadie llegó, mis papás andaban preocupados porque de pronto los culpaban de robo. —Dejémosla, ya han de venir a ver—, dijo mi papá. Hasta el sol de hoy nadie ha llegado a preguntar, ya es grande, ya casi cumple unos dos años. Tocó cuidarla, como nadie preguntó.

Tiene el mismo color de la Muñeca: blanca con manchas negras. **Quizás fuera que la tierra le devolvió a mi mamá la ternera** que con tanto esmero y cuidado tuvo por varios años. Ahora la llamamos Esperanza o también Fortuna, aprendió a vivir junto con las otras terneras. No sabemos mucho como nos toque vivir con la Fortuna porque todavía es tierna, lo que sí tenemos claro es que va seguir siendo cerrera, porque corre, lanza patadas, no deja que nos acerquemos, ni tampoco demuestra cariño hacia nosotros, solamente entre las terneras.





El sueño de la mala hora

Dos veces he visto la *mala hora*. La primera vez fue en un diciembre. Mi hermano solía salir mucho en tiempos de fiesta. Justo ese día llegó entre las dos y tres de la madrugada. Yo no podía dormir, por la pensión de su llegada. Estar con pensión es sentir una sensación de miedo o preocupación por los hijos, por los hermanos, por los papás ante cualquier eventualidad que pueda pasar en el camino: un accidente, las fiestas, un golpe, la mala junta incluso también el trago puede causar pensión.

Precisamente tenía pensión porque mi hermano estaba en una fiesta y el trayecto en la noche se vuelve bastante peligroso, podrían robarlo o caerse en el camino. Afortunadamente llegó con bien. Apenas sentí que llegó a la casa me acomodé bonito y ahora sí voy a dormir dije. Ya agarrando sueño sentí que abrieron el portón de entrada a la casa. Pensé que de pronto mi mamá o mi papá salieron al baño, mi hermano no era porque sentí que se acostó. Me asusté, pero no presté mucha atención. Seguí criando sueño, pero fue imposible porque del lado derecho de la cama hay una ventana bastante grande que separa el cuarto de mi hermano con el mío.

Ahí **se sentó un señor grandote, de patas largas, brazos largos y con un sombrero largo y ancho**. Se sentó en la ventana y **se reía demasiado y con malicia**. Mientras se reía, una de sus piernas la puso en mi brazo, no me dejaba dormir. Empecé a tener miedo, **no podía moverme, ni siquiera despertarme**. Al pie de la cama estaba el armario, sobre el armario estaba la biblia. Intenté moverme para coger la biblia y tampoco pude, así que me puse a rezar lo que



más podía, un padre nuestro, el ave María, un salmo que ya no recuerdo.

La mala hora más se reía. Después de rezar y rezar, se fue, salió por el mismo portón.

Al amanecer abrigándonos en el fogón le conversé a mi mamá y a mi papá lo que había pasado y ellos dijeron que mi hermano había llegado junto con la *mala hora*. Él no la sintió, pero me atacó a mi, porque según mis papás yo tengo la sangre más liviana, entonces todo el mal aire me ataca.

Un día una mayora contándole sobre mi sueño, también afirmó que era la *mala hora*, porque a esas horas anda, desde las doce hasta las tres de la madrugada. Además contaba que ella también la había visto, de la misma forma en que yo la vi.

Aunque a veces toma otras formas, una vez apareció en el Corso, era un señor de traje y tiraba una bicicleta. **Se le apareció a una mayora a las tres de la mañana,** yendo a sacar la leche a las vacas. Quesque le había dicho la *mal hora* a la señora —qués que andas a estas horas, anda a la casa—. Ella se había asustado y se había apurado a ir a la casa. Luego tuvo que volver a la leche pero con el día más claro.

*** Un día también mi hermano llegó a las dos de la mañana, también sentí su llegada y me acomodé a dormir, pero no podía. Esta vez no apareció con las piernas largas, sino un señor vestido de negro y cabeciblanco, tenía muchas canas. Llegó corriendo, sentí que me sacudió y se fue. Al amanecer, le conté otra vez a mi mamá.
—Qué sería—, dijo mi mamá;
—el Jefer, le dije—, llega mucho tarde.**



Los perros



Figura 3. El Bruno y el Nanus.

Tenemos tres perros: el Magnus, el Bruno y el Roy. El Magnus o Nanus es el más viejo, debe tener unos 15 años, es hijo de la Luna. Es una mezcla de san bernardo con un pastor alemán. El Nanus es de color blanco con algo de gris. Siempre fue juguetón, andariego y ayudaba en la casa. Ahora ya no juega mucho, ya no se va de la casa, pero aún ayuda. Duerme debajo del ponedero de huevos, que también está debajo del tilo. No le gustan los truenos y los rayos, es el único que puede entrar a la cocina y quedarse, él no molesta y siempre está tranquilo. El Bruno es menor, también es blanco, pero tiene manchas negras, tiene patas cortas, y desde pequeño le habían cortado el rabo (Figura 3). Unas amistades de Chimangual se lo regalaron a mi papá. Fue el remplazo de un perro negro que tenía mi papá, lo crió obediente, ayudaba a cuidar las vacas y siempre andaba atrás de él, pero la gente es envidiosa y un día le dieron veneno y murió.

Entonces llegó el Bruno, estaba asustado y no sabía donde esconderse, quería morder. Después de una semana **se enseñó en la casa**. La gente como los animales pueden enseñarse en un lugar o con la gente, siempre y cuando haya buen abrigo o si les dan de comer, el cuerpo se enseña a las buenas atenciones de la gente o de los animales. Si nos enseñamos en un lugar **nos quedamos ahí y nos criamos bonito**, pero si no es mejor irse. Como un perro que teníamos, varias veces tuvimos que ir a traerlo a Colimba, de donde era. Nunca se enseñó, así que dejamos que mejor se fuera.



El Nanus le hacía juego al Bruno y lo llevaba a los potreros a jugar. Se hicieron amigos. Nunca se pelearon o buscaron pelea, pero el Bruno es el más *aletoso*. Sale al camino a perseguir las motos y a sus dueños, pero el Nanus lo muerde, lo jala para que no muerda a la gente. A veces le hace caso, pero hay días que no. Toca gritar dos a cuatros veces...

—¡Bruno, Bruno! hasta que deje de perseguir.

En una ocasión iban pasando tres perros por un callejón, cerca de la casa. Un bayo y dos negros, de igual tamaño que el Nanus. El Bruno solo se encrespó y siguió ladrando, yo creía que solo latía para amenazar a los otros perros, pero no. El Bruno cogió a uno y le dio tremenda paliza, los otros perros se fueron corriendo y el perro no tuvo opción de defenderse; hasta que el Bruno lo soltó y el perro se fue corriendo. El Bruno raspaba el suelo con sus patas, festejando su logro y su fuerza. Pero no siempre ha ganado las peleas, a veces llega todo golpeado. Seguro él arma la trifulca, porque es bien peleonero. Quién sabe con cuáles perros tiene bronca. En su última pelea llegó patojo y sangraba del cuello. No dejó curarse, solo él comía hierba de perro y se lamía sus patas para luego pasarlas por las heridas. En un mes estaba curado. Cuando llega la vecina, llega con sus perros. El Bruno como siempre a buscarles pelea, pero ellos ya saben, mejor no se acercan para evitar peleas, ya saben quién pierde.

*** Recientemente llegó el Roy (Figura 4). Mi mamá y mi papá lo encontraron cerca de la quebrada que está en la casa, les dio mucha pena verlo, sólo tenía unos dos meses de nacido. Estaba todo tembleque, no podía ni pararse.**





Figura 4. El Roy.

—Ese perro se va a morir, buenamente

No va aguantar, dijo mi mamá, creyendo que recogerlo había sido mala idea, porque estaba dando mucho trabajo y preocupación de verlo así. No tenía ánimo ni valor para nada.

Mi papá le compró desparasitante, peor se puso. Vivía solo durmiendo, ni comía bonito. El Nanus le daba abrigo. Decía mi mamá que lo iban a botar al río porque no iba a recuperarse, pero después de unos días volvió, empezó a comer, se puso de pie, le volvió el ánimo, le empezó a criar más pelo y ya jugaba. Con el tiempo se fue criando, el Nanus lo abrazaba, pero el Bruno solo lo olía y se iba. No le agradaba.

Ahora mi mamá solo reniega porque dice que no le gusta, es muy metido, anda atrás de ella y quiere estar solo comiendo. Hace poco cumplió un año, es más grande que el Nanus. En las peleas que arma el Bruno, el Roy termina ganando.

—Ese ya no se deja, dice mi papá.

Porque antes el Bruno majaba al Roy. Ahora es al revés, el Bruno inicia la pelea, pero el Roy la detiene, no deja que lo muerda. El Roy prefiere jugar, perseguir las vacas, jugar con el Paco y de repente ayuda arriarlo, o sea ayuda a mi mamá a llevarlo a la casa, porque el Paco no quiere caminar, entonces el Roy le muerde la lana y así camina hasta llegar a la casa. Aunque mi mamá reniega casi todos los días con el perro, nos toca hacer y darle de comer, porque los perros hacen falta y avisan cualquier cosa, **ya sea el lobo, el chucur, las ratas o los ladrones que también andan rodiando en la vereda.**



ACERCA DE LA AUTORA

Yorely Viviana Quiguntar Cuatín

yorelyquiguntar@gmail.com



Comunera del resguardo de Guachucal, Pueblo de los Pastos. Antropóloga de la Universidad de Caldas, Manizales. Magíster en Antropología de FLACSO –Ecuador. Sus líneas de investigación son antropología indígena, sociocultural, histórica, de género, trabajo comunitario y énfasis en el campo etnográfico. Ha trabajado en la recuperación de la memoria en el Pueblo de los Pastos del Departamento de Nariño, junto con mujeres pastos, dando como resultado la publicación del libro *Mujeres Pastos en la lucha por la recuperación de tierras: Resguardos de Guachucal y Cumbal*, en colaboración con Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2020). Asimismo, ha aportado a la comunidad con el libro *Perteneceres*, el capítulo de libro titulado “Las Mayoras neblina que caminan en el tiempo”. También es autora del capítulo “Cargas luminosas: santos peregrinos y castillos en las fiestas de la Virgen de las Lajas”, del libro *La mestiza nos llama, estudios antropológicos en el santuario de las Lajas*. Recientemente ha publicado el capítulo “Los castillos santos, fiesteros y crianzas en los pastos – resguardo de Guachucal, Nariño” en el libro *Vidas campesinas en la Panamazonia*, de la Universidad de Nariño, publicado en 2025.